

A woman with dark hair, wearing black sunglasses and a black sleeveless top, is the central figure. She has a serious expression and is looking slightly to the right. The background is a mix of blue and pinkish-red light, suggesting an interior setting like a car or a modern building. The text is overlaid on the bottom right of her top.

XAVIER BOSCH
HOMBRES
DE HONOR

Tras abandonar la dirección del diario *Crónica*, Dani Santana vuelve a la televisión como presentador de un programa de reportajes con el que pronto se anota un tanto: entrevistar a Tuzza Talese, la mujer de un miembro encarcelado de la mafia siciliana. Amenazada de muerte por divulgar en un libro los secretos de la organización, Tuzza, una mujer estoica y endurecida, vive escondiéndose de todos y de todo, aunque puede que en Santana encuentre un aliado.

Por si la carismática Tuzza no fuera suficiente, la aparición inesperada de un testigo del incendio del Liceo, que sostiene una versión de lo ocurrido radicalmente distinta a la oficial, viene a complicar la vida del periodista. Quince años después del trágico suceso, que Santana escarbe en lo ocurrido incomoda al alcalde de Barcelona, Antoni Negrer, aunque no tanto como la idea de que salgan a la luz ciertos descubrimientos del programa sobre la mítica figura de su padre, un héroe del exilio catalán que podría tener los pies de barro...

Índice de contenido

1. Siempre hay uno que es el primero
2. Las escaleras de América
3. Cuestión de vida o muerte
4. Quién lo iba a decir
5. Cenizas, humo y noticia
6. Aunque sólo fuera por trabajo
7. Más aplausos que inteligencia
8. Que esto sea Japón
9. La mafia no es Frank Sinatra
10. Una clave para triunfar en la vida
11. El hombre que creía ser perfecto
12. La palabra del alma sensible
13. La única pregunta que tocaba
14. Una llamada a las once y tres minutos
15. Nunca debajo de una mujer
16. Todo el mundo tiene un precio
17. Un alambre de espino
18. Gente sentada que habla en pasado
19. Sa Banyera de Ses Dones
20. En Roma, en Barcelona, «da per tutto»
21. Dos carpetas encima de la mesa

22. Un manuscrito inédito
23. Como un bacalao seco, por si acaso
24. Dondequiera que pudiese vivir en paz
25. Le conviene más comprar uno nuevo
26. Una conversación pendiente
27. Cierro, coso, me lavo las manos
28. La regla, el compás, los colores y los pinceles
29. El más rico del cementerio
30. Hay ratas duras y ratas blandas
31. Aquí nunca renuncia nadie
32. ¿Quién vigila que el vigilante vigile?
33. La prueba que nos pone Dios
34. La mitad por adelantado
35. «Hot point»
36. Siempre hay otro que es el último

Agradecimientos

Sobre el autor

A Mònica

Barcelona es una Nápoles ordenada.

ROBERTO SAVIANO

Han escrito tantas cosas sobre mí que ni yo mismo sé lo que es verdad y lo que es mentira.

TIGER WOODS

¿Y qué, qué pasa?

ENRIC MARCO

1

Siempre hay uno que es el primero

«Nueva York, si nada lo estropea, está cada vez más cerca».

No hacía ni ocho horas que el Airbus había despegado del John Fitzgerald Kennedy y ya rodaba lentamente por la pista del aeropuerto del Prat. Hasta el último aliento.

A las siete y veintiún minutos, con el primer sol del 5 de septiembre de 2008, se abrió la compuerta de la bodega. La plataforma elevadora estaba a punto. Encima, cuatro operarios –bata azul, guantes y la modestia de los que se levantan temprano– actuaron con destreza. Entraron en el avión con el fuselaje todavía frío y, en un visto y no visto, sacaron la gran caja de madera de pino, con el mismo respeto que si se tratara de un muerto de guerra. Reverentemente, la calzaron para volver a bajar con la grúa hasta el nivel del suelo. Sin ruido y con gestos calculados, metieron el embalaje de la gran obra de arte en una furgoneta negra, pintada para la ocasión. En ambos costados del vehículo blindado aparecían escritas dos cifras:

1936-2008

Debajo, la firma del artista. Todo en blanco. De lujo.

Alejados del bullicio de la terminal de pasajeros, dos coches de policía, en capicúa, vigilaban para que nadie se acercara a aquel rincón de la pista. La sirena, muda, hacía girar una luz roja. Dentro del coche patrulla, un agente

ajeno al momento histórico bostezaba pasando las páginas de *El Mundo Deportivo* mientras escupía las cáscaras de las pipas por la ventanilla. La radio, se escuchara la emisora que se escuchase, se hacía eco de la expectación por un regreso tan largamente esperado.

No se había invitado a nadie. Sólo el equipo del documental, que había podido viajar en el mismo Airbus, grababa la acción de los operarios desde todos los ángulos. A los periodistas, a todos los que habían pedido autorización para poder filmar en el aeropuerto, les habían aconsejado que se acreditaran antes de acudir, a las nueve y media en punto, a las escaleras frente al Palau Nacional.

Con las fuentes de Montjuic excitadas para la ocasión y la plaza de Espanya y la ciudad de Barcelona a sus pies, todo el mundo esperaba que llegase la furgoneta. Antes de la presentación oficial, el alcalde Negrier, perfumado y con el discurso en el bolsillo, no cesaba de recibir felicitaciones y apretones de manos. Alguno incluso le había parecido sincero.

Todas las autoridades, luciendo su mejor traje, se hallaban presentes. Delante de ellos, hacía horas que periodistas y corresponsales de todo el mundo habían instalado el *hot point* de cámaras detrás de la cinta y esperaban con impaciencia que empezara el *show* para poder desmontar pronto el tenderete de cables, trípodes y quitasoles. Hacía fresco y, a medida que se acercaba la hora de la conexión, empezaban a estar hartos de aguantar tanto rato de pie, a la intemperie.

Antoni Negrier –dientes blancos, piel oscura tras horas y horas de navegar por las calas de Menorca– sonreía a diestro y siniestro esperando el momento. Era, con la conveniente ayuda de una raya, un hombre feliz.

La furgoneta llegó puntual. Las autoridades tomaron asiento. Los periodistas se apresuraron a subirse a las cajas y los montones de chaquetas para gozar de mejor posición. Y el guirigay se fue disipando.

El alcalde Negrier, de pie, oficiaba de maestro de ceremonias. Los cuatro operarios descargaron meticulosamente el enorme bulto, quitaron los clavos y la madera con sumo cuidado y, con el cuadro todavía cubierto por una tela granate, a juego con la elegancia del acto, lo depositaron en el caballete dispuesto en el centro del escenario.

Los operarios de bata azul, contentos de tener el trabajo más importante del día listo a las nueve y media, volvieron a subir a la furgoneta y se dieron el bote. A almorzar.

Antoni Negrier se sentía como el concertista cuando sale al escenario. Se pasó los dedos por el flequillo entrecano, dio tres pasos estudiados y se acercó al micrófono que le habían preparado junto al caballete.

—Señoras y señores... Permítanme decir bienvenido a casa, amigo mío.

El silencio era absoluto. Cerró los ojos, tiró de una punta de la tela granate y desnudó el cuadro.

Siempre hay uno que es el primero en aplaudir. Boronat, el jefe de prensa del alcalde, arrancó la clac. Los presentadores de las diversas televisiones empezaron a relatar la noticia al mundo. De Londres a Dubai, de Madrid a Hong Kong, de Roma a Melbourne. ¿O era de Sidney aquella cámara con el canguro en el logotipo? Las mejores cadenas de fuera y todas las teles locales, con su cámara y su presentador ligeramente maquillado, narraban más o menos lo mismo.

Ocho décadas después, vuelve el cuadro que nadie ha visto jamás...

El tesoro escondido en Nueva York regresa finalmente a Barcelona.

La Prioral de Reus recupera la obra que se salvó de la razia de los anarquistas.

Wonderful, wonderful, wonderful.

Sothebys ha valorado el cuadro desaparecido por encima de los treinta millones de euros.

No es sólo una pintura de gran valor artístico, es un símbolo.

De no haber sido por Negrier, el padre del actual alcalde...

Él es el auténtico héroe nacional.

Un comentarista experto en arte, ya que, en efecto, entre los cuarenta y tres canales de televisión había uno, levantó la vista del *dossier* de prensa que había preparado el Ayuntamiento, se atrevió a mirar el cuadro y contó lo que veía en él. Rendido ante la obra desconocida de Fortuny, habló de la luminosidad de la pintura.

El virtuosismo del pincel.

El realismo delicado.

2

Las escaleras de América

Dani Santana siempre llegaba pronto a los sitios. Muy pronto. De manera enfermiza. No podía decirse que fuera puntual, porque si a las nueve de la mañana tenía que estar en un lugar concreto, con frecuencia a las ocho ya rondaba por la zona. Por si acaso. Como aquella mañana de martes que jamás olvidaría.

Había quedado en el Palau, en la plaza de Sant Jaume, para desayunar en el despacho del vicepresidente del gobierno y no quería llegar tarde. Y menos aún para una reunión así. Cuando el poder te cita, más vale ser cumplidor. En especial, para compensar su falta de formalidad.

Por si encontraba un gran atasco en el peaje de Vallvidrera, había salido muy temprano de su casa, un dúplex como un puño que daba al Parque Central de Sant Cugat. Quería ahorrarse la fila india a paso de tortuga de Via Augusta hasta más allá de Muntaner, la caravana tan desmoralizadora de todas las mañanas a la hora punta, a partir de las ocho. De natural previsor, a aquella hora ya deambulaba con parsimonia por el barrio gótico. Todo para él. A su paso iba despertando piedras y calles. Se compró *La Vanguardia* en un quiosco y buscó uno de sus rincones preferidos para leerla.

La plaza del Rei, vacía, siempre lo había fascinado. Se sentía cómodo en la frialdad geométrica que suele agradar a los hombres ordenados. Y allí la tenía, para él solo,

con permiso de tres sucias palomas, que zureaban acompasadamente.

Se sentó en la piedra que le pareció más limpia, hacia la mitad de los catorce escalones que conducían al Saló del Tinell. Justo allí donde quinientos años antes el siervo de la gleba Joan de Canyamars había intentado asesinar a Fernando II clavándole una espada corta en el cuello. En la misma escalera señorial donde, meses después, los Reyes Católicos, una vez recuperado el rey Fernando, recibieron a Cristóbal Colón, que llegaba para contarles lo que había descubierto en el Nuevo Mundo. A los patrocinadores, ya en aquel tiempo, convenía tenerlos contentos. E informados.

Abrió el periódico y se entretuvo con las páginas de internacional.

—Perdone, ¿es usted Daniel Santana?

No lo había visto cruzar la plaza. Ni lo había oído llegar. Dani alzó la vista del periódico, disimulando el susto.

Al pie de la escalera había un hombre que rondaría los sesenta, con tanto moflete como papada. Mediana estatura, pulcro, corbata de lana, americana de anciano y unos zapatos cómodos, andariegos, de suela de goma. Por eso, al estar distraído leyendo el periódico, no lo había oído llegar.

—Dani Santana, sí señor.

—Perdone... Lo he seguido desde el quiosco. Disculpe la molestia...

—Nada de eso...

—Sentí mucho que dejara el *Crónica*.

—Muy amable. Un buen periódico, sí. También yo...

—Ahora también me gusta cómo lo hace en la televisión...

—Gracias.

Acababa de afeitarse. Despedía un aroma a Floid que Dani no olía desde los tiempos en que observaba cómo su abuelo, en camiseta, se pasaba la maquinilla eléctrica torciendo el cuello y acercándose al espejo. El recuerdo, *boomerang*, le resultó grato.

—Quedan pocos periodistas como usted... Por eso le he seguido. Estaba tomándome un cortado, lo he visto pasar... Todos los días me tomo un cortado aquí al lado, quería felicitarlo. Y...

Debajo de los ojos tenía las bolsas de los que sufren, color ceniza. No encontraba la manera de proseguir.

—Me gusta la gente que dice la verdad. Por eso lo he seguido. Quería felicitarle y decirle algo.

—Muy bien... —dijo Dani, animando a desembuchar al abuelo Floid.

—Algo que no le he dicho nunca a nadie, y ahora que le he visto, he pensado que quizá un periodista como usted deba saberlo...

—¿Se llama usted...?

—Prefiero no decírselo.

La mañana se ponía interesante.

—Si no fuera por mi mujer, yo ya estaría muerto. He intentado suicidarme. Dos veces. He pasado una depresión muy fuerte... Ahora, gracias a mi mujer, estoy algo mejor...

Dani dobló el periódico, se levantó y bajó los siete peldaños de Colón para quedar a la altura de su admirador con problemas.

—Yo estaba en el Liceo el día en que se quemó. Trabajaba en la empresa que estaba instalando el arco nuevo del escenario, ¿sabe? Las cosas no ocurrieron como se ha dicho. Todo aquel juicio fue una farsa.

Dani Santana intuyó que sólo callando, sólo escuchando, aquel hombre lo soltaría todo.

—Nos amenazaron para que testificáramos. Nos apuntaron lo que convenía que declarásemos. No pudimos de-

cir la verdad. Hemos sufrido mucho y... Dos de los compañeros ya han muerto.

—...

Santana enarcó las cejas, reclamando sutilmente más detalles sobre aquellos episodios.

—Uno, de un ataque al corazón. El otro... fue más valiente que yo. Se pegó un tiro.

—¿Para no testificar?

—Al contrario, por haber mentido en el juicio, por no haber podido decir lo que sabíamos... Nos obligaron.

—¿Qué sabían?

—Todo. Cómo ocurrió todo. Estábamos allí y lo vimos... De no haber sido por mi mujer, yo tampoco estaría aquí. Como ellos dos.

Hablaba con la pesadumbre de los supervivientes. Contó que la chispa que cayó de arriba nunca existió. Él tenía otra historia, bastante alejada de la versión oficial, la que habían publicado los medios de comunicación y que la sentencia absolutoria había dado por buena.

El hombre, cada vez más inquieto, insistió hasta tres veces en que el juicio había sido una farsa.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—No haga nada. Por favor, no haga nada, no investigue, no publique, no lo remueva. Ahora que empiezo a salir del pozo, no me complique más la vida...

—Pero con lo que me ha contado...

—Guárdese para usted.

—¿No quiere decirme su nombre? —insistió Dani, tendiéndole la mano.

—No.

—¿Ni su teléfono?

—Lo hace muy bien en la tele. A mi mujer le gusta mucho. No lo estropee.

El hombre le estrechó la mano, dio media vuelta y se marchó con los zapatos silenciosos por la calle Veguer.

Esa noche, en el dietario que Dani Santana se obligaba a escribir en el ordenador de su dormitorio antes de acostarse, lo transcribió todo, ce por be, para no olvidar jamás ninguna palabra, ningún punto y ninguna coma.

En cambio, no empleó ni una línea en escribir algo sobre el desayuno con el vicepresidente. No valía la pena. No habían hablado de política, ni del país. Sólo quería hablar de sí mismo.